

y para volver necesitaba dejar las enaguas, y para ver á Cándida, necesitaba dejarlas en la sala.

Dirigióse, pues, á la sala.

Su ama la siguió.

Entonces era Francisca quien renegaba.

Iba calculando como haria para que su ama dejara de observarla, cuando al entrar en la sala se le ocurrió la mayor de las diabluras.

Echó á andar muy de prisa con direccion al sofá, y al pasar junto del velador tropezó de intento con él, y le echó al suelo, haciendo saltar en pedazos el juego de café que estaba encima.

El ama gruñó llena de ira y se puso á recoger los tiestos, diciendo á Francisca:

—Con el resto de esta taza voy á romperte la cabeza!

Cándida que estaba en el sofá, dió un grito, no del susto de que se rompiera el juego de café, sino de la sorpresa que le causó ver á Francisca.

• Esta, mirando que su ama se entretenia en levantar los tiestos, aprovechó el momento y tiró á Cándida, no uno, sino dos papelitos, de los cuales uno era como saben los lectores, la carta de Pánfilo, y el otro que la recamarera llevaba prevenido de antemano, contenia las instrucciones que daba á la niña para que enviara la respuesta.

Logrado su intento, Francisca, sin hacer caso de los gritos de su ama, sacó sus enaguas de debajo del sofá, se despidió y salió de la casa.

Pánfilo que la esperaba, la preguntó qué habia sucedido.

—Pa darle la carta he quebrado un juego de café; pero no le hace.

—Y la respuesta?

—Venga *usté* mañana por ella.

A la noche siguiente Pánfilo acudió á la cita, y Francisca le entregó la respuesta; solo que el novio observó que el sobre estaba súcio, con una cosa que se pegosteaba.

—Por qué está así la carta? preguntó á la recamarera.

—Cómo?

—Súcia de. . . . cera.

—Pos á *juerza* si vino pegada.

—Pegada! Y donde?

—En el *asiento* del *chochocol* del *aguador*.

—Es posible!

—Sí; anoche cuando dí su carta de *usté* á la niña, le dí otro papelito en que le digo que para enviarme la respuesta, la pegara con disimulo en el *asiento* del *chochocol* del *aguador*, y que tenga cuidado cuando vaya, porque *ansi* le he de mandar las cartas y *ansi* me las ha de enviar.

—Ah!

—Yo vendré todos los dias á esperar al *aguador* cuando entre y

cuando salga, y como es mi *amigo*, me pararé á platicar con él y sin que lo sepa. . . .

—Eres una alhaja! dijo Pánfilo.

De este modo pasaron muchos dias y muchos meses, hasta que por fin, los novios se casaron, y Francisca, en premio de su lealtad, entró al servicio de los recién casados.

Ya veis, pacientes lectores, que pacientes habeis de ser, puesto que habeis tenido calma para leer todo esto; ya veis, os digo, como la recamarera es útil y benéfica á la humanidad; y no solo en esto de amóios, sino tambien en evitar que alguna vez os pille una enfermedad contagiosa.

Pero sin embargo, cuidaos, porque donde hay bueno hay malo; y así como podeis dar con una buena chica como Francisca, podeis ir á topar de hocicos con una que sea como cierta Lorenza que me estafó muchas pesetas, dándome recados fingidos, y no entregando nunca mis cartas á mi adorada Dulcinea.

Tambien suele suceder, y no de tiempo en tiempo, que creyendo recibir en vuestra casa una muger de bien, abrais la puerta á una de esas *comadres* de los *golosos*, quienes no dejan la ida para la venida, y andan siempre en pláticas con su *comadre*; conversaciones que tienen por objeto saber de qué viven los amos, á qué hora salen, á qué hora entran, á qué hora se acuestan, á qué hora se levantan, si ha descubierto que tengan algun dinero, alhajas y ropa buena guardadas, cuántas entradas y salidas tiene la casa, y cuántos hombres y cuántos perros hay en ella.

Y todo esto lo indaga el *compadre* y lo dice la *comadre*, con el loable y caritativo fin, la segunda de abrir la puerta una noche á su *compadre* y *cofradía*, y el primero con sus *amigos*, con el de tomarse sin vuestro permiso cuanto teneis de bueno ó regular en vuestra casa, dejándoos en el mismo trage en que estuvo nuestro padre Adán.

Y esta comedia la ejecuta tan bien la *recamarera* (ó cualquier otro criado ó criada doméstica), que despues de abrir la puerta á sus *compadres*, estos la *amarran* y la *amenazan*, y. . . . ella es la primera, que luego que se han escapado los ladrones, da voces, y grita y da sus señas, y se queja de todos los males que la han hecho, y sus amos la compadecen y la conservan á su lado; pero ella que ya hizo su negocio, se despide llorando por la desgracia que aflige á los que les *come el pan*, se marcha con la música á otra parte, gasta en algunos dias el producto de su *compadrazgo*, y vuelve á las andadas con las mismas precauciones, y casi siempre con el mismo éxito.

Cuidado con estas, carísimos lectores! porque si no, el dia menos pensado os quedais sin calzoncillos. . . .

Por fortuna que estas criadas escasean un poco, que si no. . . .

Ya os he dicho cuales son los trabajos, las utilidades y los servicios

de la recamarera; ahora me toca decirnos cuales son sus distracciones.

Estas las forman las conversaciones que tiene con el aguador, con los mandaderos, con el amo y con los hijos de la ama.

Cada quince dias sale desde por la mañana de casa de sus amos, y no vuelve sino hasta la noche, porque entonces es cuando se va á lavar, á pasear con ñor Manuel ó ñor Brigido, que así se llama su gueso, con el que asiste á las *pulquerias*, á los *bodegones* y á todas esas partes, adonde á consecuencia de una mala mirada, ó de una mirada buena, se suele armar una riña entre su *hombre* y ñor *Antoño* el *partidor*; riña en que los denuestos, las injurias y las indecencias están de sobra, riña en que siempre tiene razon el mas diestro para dar al otro una puñalada, y riña, en fin, que si como dijimos antes, tiene mucho de in-moral, tiene falta de justicia.

Y cuando la policia pide cuentas á los luchadores, el grito de *¡los diurnos!* hace que se dispersen valientes y mirones, y cada quien se salva como puede, y la recamarera toma las de Villafranca, dichosa de no haber ido á la cárcel aunque la hayan arañado.

Sus dias de descanso los emplea en ir al teatro, á la maroma, á la Retama ó al sermon los domingos en la tarde; pero es de ley que á la oracion de la noche ha de estar en casa, sopena de una reprimenda atrabilaria é insoportable.

En cuanto á su destino, ya os lo dije al principio; y ahora, benévolo lector,

Si te ha gustado la historia
dime que te complací;
si no, reniega de mí,
y

AQUÍ PAZ Y DESPUES GLORIA.

